

mos años i que habia sido el tormento de diversos gobiernos. El Presidente Diaz se hallaba en medio de un mar, en que habian naufragado grandes hombres de Estado, como Alfonso el Sabio, el Conde Duque de Olivares, Turgot, Néker i Juarez el 17 de julio de 1861, i se les habia venido encima una gran revolucion. Tenian necesidad de una cosa, que es para una nacion i para todo cuerpo moral como el estómago para el cuerpo humano; de que el mismo Dios Hombre habia tenido necesidad como Hombre: la bolsa: *loculum*, i que expresa la Biblia con esta sentencia: «todas las cosas obedecen al dinero» *Pecuniae obediunt omnia*: la Hacienda Pública. ¿Qué hizo para proveerse de dinero? Aquí siento ser profano en la ciencia de los Colbert i los Limantour; dire lo que pueda. Hizo lo que hace un hombre que se encuentra en una situacion mui crítica por falta de dinero. ¿Ha sido puntual en el pago de sus deudas? ¿Tiene amor al trabajo, inteligencia i otras aptitudes para adquirir el dinero suficiente? No falta quien le proporcione dinero. Repitamos las frases de un célebre brindis: «¿Qué habia yo hecho para obtener aquel sacrificio generoso, abnegado, aquel sacrificio voluptuoso de derramar su sangre por mí? Era solamente esto: todos abrigan la conviccion de que yo no les habia estafado su haber.» Además, era el mui hábil Presidente de una nacion mui rica: los ricos nacionales i extranjeros le abrieron sus arcas. Tuvo gran cuidado en elegir para Ministros de Hacienda hombres que tuvieran estas cualidades: instruccion en economia política, talento financiero i manos inmaculadas. De esta manera tuvo Hacienda Pública.

Con la disciplina militar en toda la Nacion i con la Hacienda Pública estableció el orden. A este se siguió el progreso: multitud de escuelas de primeras letras (Rébsamen), libros para la educacion del pueblo, o sean periódicos buenos i baratos («El Imparcial», «El Mundo» etc.), colegios de educacion secundaria (La Escuela Nacional Preparatoria, El Colegio Militar etc.), telégrafos, ferrocarriles, otras mui útiles obras públicas (el desagüe, el drenaje etc.), magníficas relaciones con las naciones extranjeras etc. etc. Despues vendrán los jurados del pueblo, las milicias puramente patrióticas i no mercenarias i otras muchas mejoras; porque el progreso de una nacion no es negocio de poco tiempo, i muchísimo ha hecho el Presidente Diaz en el que tiene de gobernar a la Nacion.

El biógrafo citado dice «al pié del pueril pensamiento de Lerdo: «Entre la debilidad y la fuerza, el desierto», el General Diaz ha escrito con el elocuente lenguaje de los hechos: «Para no temblar ante la fuerza ajena es preciso ser fuertes». Hasta aquí el biógrafo. El General Diaz con su Ferrocarril Central hasta Paso del Norte, probó que el dicho de Lerdo, que sus parciales tenian como una sabia sentencia, no era mas que una puerilidad, i que la «*Dominacion Pacífica*» no era mas que un fantasma i coco para espantar niños. La grandísima utilidad del Ferrocarril Central no consiste en igualdad de fuerzas entre los Estados Unidos i México, sino en los mutuos intereses sociales entre una i otra Nacion. No han faltado catedráticos de Seminarios, enemigos de los ferrocarriles, sin reflexionar que en todos los Seminarios se enseña esta doctrina de la Filosofia Moral: «El hombre nació para entrar en sociedad con los demas hombres»: *Homo natus est* etc., i que los ferrocarriles no son mas que la aplicacion de esta gran sentencia, uno de los principales medios que tiene el hombre para realizar su mision sobre la tierra, i uno de los grandes instrumentos de progreso, el cual es otro de los fines del género humano.

Es mui feliz este otro pensamiento del biógrafo citado: «Y tanto y tan bien ha trabajado este gran mexicano (el General Diaz), en acercár á los hombres de buena voluntad, que además de unir en fraternal abrazo á los habitantes de nuestras remotas fronteras, al abrir las puertas de la aduana de Salina Cruz y de Puerto México al comercio del mundo, ayudó con ello á los pueblos de ambos hemisferios á encontrarse mas pronto en su camino.»

En mi Discurso en nuestra fiesta laguense anual del 27 de Octubre de 1903, i que corre impreso, dije: «Si, compatriotas, esta paz i prosperidad de que disfrutamos hace veintiocho años, es efecto del trabajo. A la sombra de la Oliva de Porfirio Diaz, el agricultor trabaja en su campo, el artesano en su taller, el comerciante en su tienda, el empleado público en su oficina, el sacerdote en su templo, el escritor público en su imprenta, el sabio en su gabinete i todos avanzamos en nuestros respectivos negocios, con el auxilio de las vias postales, de los alambres telegráficos i de las vias ferreas, vehículos todos del progreso, que se tienden en todas direcciones en la vasta extension de la República Mexicana.»

En mi folleto intitulado: «A los Señores Redactores de *Notas y Letras, Gracias*», que imprimí a fines de 1905, a la pág. 10, dije: «Que el General Diaz ha hecho la paz interior i exterior de la República Mexicana durante treinta años, (que no es moco de pavo), es un hecho que está en la luz meridiana. Que como el atraso en civilizacion es hijo legítimo de la guerra, asi el progreso es hijo legítimo de la paz; que en estos treinta años el General Diaz ha hecho progresar mucho a la República Mexicana con su Morse i su Jéfferson, con su sistema Limantour i su sistema postal, con sus Escuelas Rébsamen, su Escuela Preparatoria, su *Mundo* i su *Imparcial*, su Colegio Militar i su completa paz i respeto en el exterior; que en estos treinta años, todos los mexicanos que hemos querido trabajar, hemos avanzado bastante en nuestras respectivas labores, el rico en sus negocios financieros i el amante de las letras en sus estudios, empuñando uno la mancera i otro la pluma, uno el martillo i otro el bisturí, este la barreta i aquel el cincel, i que hasta los partidarios del antaño han avanzado mucho en sus negocios, son hechos reconocidos por propios i extraños, i que solo los preocupados pueden negar.

«Una vez dos grupos sociales encontrados, pusieron entre la espada i la pared a la pobre Isabel II con motivo de cierta lei, influyendo unos para que firmara la lei i otros para que no la firmara, siendo de estos una monja llamada Sor Patrocinio i el Santo Cristo de la Iglesia de San Francisco, que dizque sudó sangre. Jnan Valera, en su Continuacion de la Historia de Lafuente, dice: «El Ministerio castigó con destierro á Sor Patrocinio y á los clérigos que habían hecho sudar ó supuesto que sudaba el Cristo.» El General Diaz deja que llore San Nicolas de Colotlan, que los cofrades de la Imagen de Santa Catarina le quiten las enaguas interiores i se las pongan ellos sobre su cabeza, i que suden el Santo Cristo de Tepetongo i Nuestra Señora de Tingüindin, con tal que no suden predradas. . . Ha hecho pasar su red ferroviaria por las puertas de los palacios i por las de las chozas, i dice al campesino: «¿Quieres trabajar? Aquí tienes los medios de cultivar tu campo i tus pequeñas industrias, i de vender tus productos con ganancia. Si trabajas, tendrás para comprar una vaca i despues veinte vacas, i tendrás para pagar la contribucion al Gobierno i ademas un centavo para comprar un periódico e ilustrarte. ¿No quieres trabajar? ¿No

quieres mandar a tus hijos a la escuela? ¿Te gusta mas el vino que el trabajo? . . . ¿Te gustan las fiestas mas que la economia, i los cohetes mas que las vacas?» (1)

Lagos de Moreno, mayo de 1908.

Agustin Rivera.



## Apéndice.

### El Bautismo de sangre(2) del General Diaz.

El Soldado de la Vieja Guardia en el libro citado, pág. 22, dice: «Capitán de guardia nacional era Porfirio Diaz cuando en 1857 dejó la Jefatura política del Distrito oaxaqueño de Ixtlán, para marchar á la cabeza de una compañía de esa guardia y á las órdenes del Teniente Coronel Don Manuel Velasco, á batir en el Distrito de Jamiltepec al jefe reaccionario Coronel José M<sup>a</sup>. Salado, que con un cuerpo fuerte de 900 hombres, se había alzado en armas contra el Gobierno legítimo y contra la Reforma.»

«El 13 de Agosto de ese año fué el encuentro de la columna de Salado contra la tropa del Gobierno, que apenas sumaba 400 hombres, en el pueblo costeno de Ixcapa. Allí pereció

(1) Ya digo al principio de este opúsculo que es claro que yo no estoy libre de equivocaciones en mis escritos, como ningun escritor público lo ha estado, ni aun los sabios. Este juicio crítico o llámese panegírico del General Diaz, no quiere decir que no ha tenido defectos, pues ni Hidalgo ni Juarez ni el Papa Leon X ni Cristobal Colon ni ningun hombre grande ha dejado de tenerlos, en razon de que todos han sido hijos de Adam, i a todos comprende esta sentencia del sabio Obispo Melchor Cano: «Son mui grandes; pero sin embargo, hombres»: *Summi enim sunt, homines tamen.*—Respecto de las pasiones como auxiliares de los escritos, las hai buenas i malas. Una de estas es la adulacion: nada extraño será que se haya introducido furtiva e inconscientemente en este escrito. De las lícitas i nobles, no dudo asociar a este escrito la gratitud.—Nota del Autor de *Pinceladas* en esta 2<sup>a</sup> edicion.

(2) Locucion figurada.

Salado, y allí recibió Porfirio, casi al comenzar el combate, su bautismo de sangre, hizo cincuenta años cabales el 13 de Agosto último. A quemarropa le alcanzó una bala que le atravesó el costado y se le quedó alojada en el cuerpo, en el fondo de tremenda herida... Todos vieron desplomarse al joven Capitán y le tuvieron por perdido; pero con gran asombro también le vieron levantarse en seguida, pálido y sangrando, y seguir batiéndose hasta triunfar.»

El Soldado, despues de referir extensa i minuciosamente el largo sitio de Oaxaca por el Capitan Diaz i sus compañeros i la célebre toma de la ciudad por los mismos el 16 de enero de 1858; despues de referir la persecucion de Porfirio Diaz a José M<sup>a</sup>. Cobos en el terreno de ochenta leguas; el triunfo de Diaz sobre Cobos en Jalapa, poblacion a siete leguas al Oeste de Tehuantepec, la accion i victoria de Porfirio Diaz en la accion de las Jícaras el 13 de abril de 1859, por la qué obtuvo el grado de Comandante; la accion i victoria de la Mixtequilla en junio del mismo año, por la qué obtuvo el grado de Teniente Coronel, i la toma de Tehuantepec en noviembre del mismo año, por la qué obtuvo el grado de Coronel, dice: «Después de veinte meses de recibido el balazo en Ixcapa, unos cirujanos extranjeros lograron extraerle á Porfirio la bala que tanto le hacía sufrir... quién tan pronto como se vió libre de tan molesta huésped, por un rasgo delicado de amor filial, la envió á la Señora viuda de Diaz.»

«El Imparcial» en su n.º del 26 de septiembre próximo pasado, artículo «El Bautismo de Sangre del Sr. General D. Porfirio Diaz» dice: «La noticia nos llega de ese lejano Distrito de Jamiltepec, y desde el pequeño pueblecillo de Ixcapa, donde se hace entre los vecinos frecuente recordación de que en las afueras del pueblo y á un lado del sitio en que actualmente existe el panteón, fué donde por primera vez se regó sobre el campo de batalla la sangre del señor General Porfirio Diaz, que en aquel entonces solo portaba en la manga del uniforme los galones de Capitán.»

«Este hecho que marcó una de las acciones mas notables del actual gobernante de México en contra del partido reaccionario, es digno de la conmemoración, y así seguramente lo han entendido los vecinos, cuando acaban de reunirse en Ixcapa no solamente las principales autoridades y particulares de Jamiltepec é Ixcapa, sino también los vecinos de Cacamaltepec, para discutir y aprobar el proyecto de la erec-

ción de un monumento en el mismo sitio en que fué herido el señor General Diaz, sitio que se ha logrado localizar perfectamente por la ayuda de algunos vecinos que sobreviven y que fueron testigos presenciales del combate... Fueron los ancianos José Narciso Valdés, José Manuel Victoria y José Angel García los que, recordando pasadas épocas, señalaron el lugar en que se desarrolló el combate del 13 de Agosto de 1857, y el sitio preciso en que cayó herido el que mas tarde debía ser el caudillo que condujera á la victoria al legendario ejército de Oriente.»

### Quien fué el Jefe del ejército extranjero vencido en La Carbonera.

En mis «Anales de la Reforma i del Segundo Imperio», 3<sup>a</sup>. edicion, pág. 282, he dicho que ni Arrangoiz, ni Zamacois, ni el Sr. Vigil en «México á través de los Siglos», ni Bráncroftt ni algun otro historiador refiere quien fué el jefe del ejército extranjero, vencido en la batalla de La Carbonera. Nueve años despues, en el «Compendio de la Historia de México» por el Sr. Lic. D. Luis Perez Verdía, 4<sup>a</sup>. edicion, pág. 502, me encontré esta noticia: «las (tropas) de D. Porfirio Diaz, despues del triunfo de Miahuatlán, habían ocupado á Oaxaca el 30 de octubre y derrotado en la Carbonera á Testard», i dije entre mí: «hasta que supe quien fué el jefe del ejército extranjero vencido en La Carbonera.»

Despues, en la novela del Sr. Lic. D. Victoriano Salado Alvarez, intitulada «La Intervencion y el Imperio», tomo III, págs. 239 i siguientes, leí que el valiente joven Coronel Enrique Testard murió en la accion de Miahuatlan, anterior quince dias a la de La Carbonera. Escribí al Sr. Salado Alvarez, diciéndole lo que el Sr. Perez Verdía referia sobre Testard en su Compendio, i que como «La Intervencion y el Imperio» era una novela histórica, me hiciera favor de decirme si la muerte de Testard en Miahuatlan era un hecho histórico o un adorno novelesco, i que en caso de ser histórico, me dijera en qué se fundaba, pues ningun historiador referia ese hecho; i me contestó que era hecho histórico, i que se lo habia referido el Sr. General Diaz. I como el Sr. Salado Alvarez no refiere en su novela quien fué el jefe del ejército extranjero vencido en La Carbonera, volví a quedar en mi duda.

Cuando nos vimos el Sr. Perez Verdia i yo en Atotonilco el Alto el dia 29 de febrero de este año, le dije lo que referia sobre Testard el Sr. Salado Alvarez en su novela i lo que me decia en su carta, i me dijo que me contestaria en una carta. Recibí en efecto la carta siguiente: «Guadalajara, julio 31 de 1908.—Sr. Dr. D. Agustin Rivera.—Lagos.—Mi muy distinguido etc.—Hace tres dias que recibí etc. (negocio diverso). Con motivo de la pregunta que Ud. se sirvió hacerme sobre el fundamento de mi aserción acerca del nombre del jefe austriaco vencido en La Carbonera, me eché á investigar, y resultando hallarme en error manifiesto al haber dicho que era Testard, me acuso de semejante falta, y la anoto ya para corregirla en la próxima edicion que estoy preparando de mi Compendio de Historia de México.—Testard con sus austriacos, unido á Oronoz con sus traidores, dió la batalla de Miahuatlán el 3 de octubre de 1866, siendo derrotados por el General Diaz, y quedando muerto el mismo Testard con gloria, pues se abrazó á su bandera al sucumbir peleando. A los 15 dias se verificó la acción de La Carbonera en donde el General Diaz batió al Coronel *Kriker* y al Coronel Porrel, que era su segundo. . . . El nombre de *Kriker* lo he encontrado en relaciones de periódicos contemporáneos del suceso, que se publicaban en Oaxaca y además me lo ha confirmado mi amigo el Sr. Martínez Gracida, oaxaqueño muy ilustrado y conocedor de la Historia de su Estado, la cual tiene escrita por él.»

El Sr. Salado Alvarez refiere muchos detalles del entierro honorífico que el General Diaz hizo del cadáver de Testard, entre ellos, que por los papeles que se encontraron a este en los bolsillos, se conjeturó con bastante probabilidad que era hijo ilegítimo del Mariscal Forey.

Hasta el eminente Emilio Ollivier *la pitó* (perdonándoseme el término vulgar), diciendo: «Diaz había enviado á Bazaine el sable del comandante Testard, muerto en la batalla de la Carbonera.» (1).

(1) «La Intervencion Francesa y el Imperio de Maximiliano en México», edicion de Guadalajara, 1906, pág. 223. Entre las muchas Historias que se han escrito sobre la materia, esta es una de las mejores. Todos los verdaderos sabios, que han estudiado muchos libros, son indulgentes en sus juicios críticos, porque saben la máxima de Horacio *parùm cavît humana natura*, a saber, que aunque el autor de un libro sea un sabio, no está en la naturaleza humana que deje de

### Comentario a estas palabras mias: «Vengan a acá todos los militares.»

En mis *Pinceladas*, discurriendo como político de aldea, he dicho: «En 1877 lo primero que se necesitaba era reprimir a todos los delincuentes i poner en orden a la Nacion. ¿De qué modo? No habia otro que el de la fuerza de las armas. . . . El Presidente Diaz dijo: «Vengan a acá todos los militares», i como la nacion es mui extensa i el Presidente tenia mucha experiencia en materia de gobierno de militares» etc.

Los Sres. Redactores de «El Imparcial», mui instruidos en la historia contemporanea i en la ciencia de la política, asi por los libros de las Bibliotecas Públicas, como por las frecuentes conversaciones con hábiles políticos residentes en la capital de la República, libros i conversaciones que son fecundos elementos del saber, de los qué carecemos los que vivimos en ciudades pequeñas, en su n.º del 12 del próximo pasado, dicen: «Para penetrarse bien de la acción de los Gobernadores de los Estados en la actual obra política, es menester recordar cual era la situación de la República á raiz del triunfo de Tecuac: fraccionado en arraigados feudos, dividido por odios de comarca á comarca, sin un pensamiento común ni una orientación general que uniese con un mismo lazo á los diversos gobernantes, el país padecía su vieja miseria, sin esperanzas de curación. Cuando el señor General Diaz se hizo cargo de la Presidencia, se encontró con esta fragmentación nacional, como primero y principal obstáculo á su ya bien percibido programa de Gobierno.

«¿Iban, pues, á renovarse los antiguos conflictos, las tradicionales querellas, las pasadas hostilidades de los Estados contra el Centro? Pues era tanto como renunciar á la realización del pensamiento capital que amparaba ese programa; puesto

incurrir en algunas equivocaciones. Juzgan por esto que aunque un libro o folleto contenga algunas, puede ser mui util. Solo los iliteratos, cuando se meten a escritores públicos i algunos hombres de talento, cuando los acosa alguna pasioncilla, «cazan codornices con cañones» segun la frase de César Cantú; andan a caza de *lapsus linguae*, de *puntos*, de *comas*, de erratas de imprenta o de falta de reflexion en el autor, aunque sea estudioso.

que para realizarlo, precisaba una fuerza de cohesión y una disciplina de que carecían las autoridades locales.

«La primera tentativa fué la de crear artificialmente una solidaridad que brillaba por su ausencia, buscando la disciplina en el único campo en que podía encontrarse: en la subordinación militar hacia el caudillo triunfante. Si las ideas en que fundaba sus principios administrativos, no eran compartidos y aun eran rudamente rechazados por el grupo de sus compañeros de armas, el General Diaz podía utilizar en favor de un pensamiento, que amenazaba perderse en el vacío, su prestigio de soldado y su popularidad como hombre dotado de excepcionales virtudes cívicas.

«Y así marcharon, á paso militar, los primeros Gobernadores encargados de cooperar á la obra del progreso; sin darse cuenta de la función encomendada, pero preparados por educación, á escuchar «la voz de mando».

«En realidad, la extirpación de los feudos fué labor que reclamó mayor tiempo y mayores trabajos. Era una ardua tarea la de desarraigar los grandes caciques, perpetuados á veces en familias, de las comarcas donde habían arrojado raíces, que se esparcían en «compadrazgos», amistosidades, dádivas y granjerías entre los sostenedores del sistema. Y fué también rudo el esfuerzo para ahuyentar de su madriguera á los viejos lobos que merodeaban y en cuya persecución no podía emplearse sino la misma especie animal: lobos que desertaron de la montaña para bajar á la llanura, en la que el gobierno calmaba su vieja hambre con un trozo de carne.

«Vimos entonces casos curiosos: jefes políticos, de antecedentes terribles, que desde su puesto controlaban á un gobernador; gobernadores insaciables, cuya permanencia en el poder era la única garantía de la paz general de la República; alcaldillos extorsionadores que mantenían en quietud á un municipio.

«¡Algún día dirá la historia con qué elementos ha realizado el General Diaz el progreso de Mexico!»

### Comentario a unas frases mías relativas a la Hacienda Pública.

En las *Pinceladas* hablando de la Presidencia de Lerdo de Tejada, he dicho: «Esta (la República), de muchos años atras,

a consecuencia del desorden universal, producido por una larga guerra, estaba plagada de haraganes, ebrios, tahures, estafadores, ladrones en las ciudades, abigeos en los campos, salteadores en los caminos, plagiarios, pendencieros, heridos, homidas i toda clase de malhechores. Se necesitaba un Presidente que por medio de la fuerza reprimiera i castigara a tantos delincuentes i pusiera en orden a la Nacion. . . Con la disciplina militar en toda la Nacion i con la Hacienda Pública, estableció el *orden*. A este se siguió el *progreso*: multitud de escuelas de primeras letras. . . *magníficas relaciones con las Naciones extranjeras* etc. etc. . . Ha hecho pasar (el General Diaz) su red ferrocarrilera por las puertas de los palacios i por las de las chozas, i dice al campesino: «¿Quieres trabajar? Aquí tienes los medios de cultivar tu campo i tus pequeñas industrias, i vender tus productos con ganancia.»

«El Imparcial» en su n.º del dia 13 del corriente, dice: «ha dicho (el General Diaz) que «los pueblos pobres no pueden, en general, ni instruirse ni moralizarse; cuando no yacen inertes bajo el yugo del despotismo, viven en las estériles agitaciones de la anarquía; atentos á las dificultades del presente, descuidan prever las eventualidades del porvenir; les están casi por completo vedadas la autonomía y la libertad, y con mayor razón la democracia y la República; impotentes ó débiles contra el enemigo exterior, lo son también contra el enemigo interior; sus gobiernos son inestables i cambiadizos, incapaces de proteger la vida y la propiedad, y, ó acaban por ser absorbidos por un pueblo poderoso, ó se consumen y desaparecen sin dejar en la historia otra huella que, á veces, la de su heroísmo; pero las más, la de su miseria y sus sufrimientos.

«El dia primero de Diciembre de 1900, en un resonante banquete, ofrecido al señor Presidente de la República, con motivo de la inauguración del presente período administrativo, el distinguido hombre de Estado pronunció un significativo discurso, cuyos hondos conceptos han debido quedar grabados en la memoria de todos los ciudadanos. Ahí fueron enunciados los principios de ese programa que, quiérase ó no, es el que ha fortalecido á la República.

«¿Cómo fué posible, desde un primer momento, la estabilidad de un gobierno sobre un suelo conmovido tan tenazmente por agitaciones públicas?—Escuchemos al señor General Diaz:

«El triunfo de uno de los partidos es ocasión propicia para iniciar un período de paz, si á raíz de la victoria se hace sen-

tir el estrepitoso rumor de una zapa general que dé trabajo á muchos miles de hombres; pan á otras tantas familias, y que, obedeciendo á un sistema bien meditado de mejoras reproductivas, prometa al capital seguro y próximo teatro para empresas tan lucrativas, que provoquen la anhelante afluencia del capital extranjero.»

«A esa necesidad acudió el General Diaz, «procediendo inmediatamente á la prolongación de algunos ferrocarriles y telégrafos, y se dedicó á fondo (el gobierno) y aceptando todo género de responsabilidades, á la completa extinción del *bando-lerismo*, que amenazaba adueñarse de todo el territorio nacional.»

«Luego que el comercio pudo contar con la seguridad en los caminos y locomoción fácil—agregaba el señor Presidente en el brindis que estamos rememorando,—comenzó á sentirse la actividad del capital, su correspondiente y muy merecido lucro, y la valiente y creciente afluencia del dinero extranjero. Tan grata perspectiva, nueva en el país, y un horizonte limpio de pronósticos revolucionarios, hicieron que los disidentes, que hasta entonces permanecieron hostiles al Gobierno, al abrigo de la barrera que le formara con su respeto al derecho ajeno, comenzaran á caer en torrentes á la seductora arena de los negocios, afiliándose desde luego y sin reserva entre los amantes de la paz.»

## Fin del Apéndice.

Lagos de Moreno, 20, octubre, 1908.

Agustin Rivera.

